

LA VISIÓN MODERNA DEL PAISAJE EN LA GEOGRAFÍA ESPAÑOLA

THE MODERN VISION OF THE LANDSCAPE IN SPANISH GEOGRAPHY

Nicolás Ortega Cantero*

Voy a hablar a lo largo de mi conferencia de la trayectoria seguida en España por el paisajismo geográfico moderno, desde su entrada en la segunda mitad del siglo XIX, hasta su posterior desarrollo y su plena incorporación al pensamiento de la geografía española, ya en el siglo siguiente. Es un asunto que he estudiado con cierto detenimiento desde hace algún tiempo, con las consiguientes publicaciones, y en lo que sigue intentaré sintetizar lo que creo que es más importante respecto de esa trayectoria, apoyándome, como es lógico, en esos estudios¹.

* * *

Como es sabido, fue Humboldt quien conformó inicialmente, a principios del siglo XIX, la visión geográfica moderna del paisaje. La suya fue una perspectiva nacida dentro del panorama más amplio del paisajismo moderno, asociado al horizonte romántico, cuyo desarrollo se inició en la segunda mi-

* Catedrático de Geografía Humana, UAM. nicolas.ortega@uam.es

¹ Entre los trabajos publicados que se relacionan más directamente con el contenido de esta conferencia, se cuentan los siguientes: «El lugar del paisaje en la geografía moderna», *Estudios Geográficos*, LXXI, 269, 2010, pp. 367-393; «Francisco Giner y el descubrimiento moderno del paisaje de España», *Anales de Literatura Española*, 27, 2015, pp. 23-44; «El lugar del paisaje y su valoración en la geografía española moderna: de Rafael Torres Campos a Manuel de Terán», *Estudios Geográficos*, LXXVII, 281, 2016, pp. 595-617; «El diálogo entre la geografía y las humanidades en la visión del paisaje de Manuel de Terán», *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, 84, 2017, pp. 113-128.

tad del siglo XVIII y culminó en la primera mitad del siguiente. Desde sus comienzos, ese paisajismo tuvo dos vertientes, diferentes pero relacionadas entre sí: por un lado, la vertiente artística, literaria y pictórica, de la que formaron parte escritores como Rousseau o Saint-Pierre y pintores como Friedrich, Turner o Constable; y, por otro lado, la vertiente científica, representada por naturalistas como Saussure o Ramond. Los autores de ambas orientaciones compartieron una idea fundamental de todo el paisajismo moderno: la necesidad de aunar ciencia y arte, razón y sentimiento, explicación y comprensión, para entender cabalmente el paisaje, con sus rasgos visibles y sus cualidades invisibles.

Pero la presencia de ambas miradas fue distinta entre unos y otros, entre los artistas y los científicos. Para los primeros, los artistas, lo fundamental era la dimensión sentimental y comprensiva, quedando la parte científica reducida a un segundo plano. Y los científicos, por su parte, invirtieron esa relación, prestando una atención mucho mayor a la dimensión racional y explicativa que a la de carácter artístico. Y en ese panorama dual surgió el paisajismo geográfico de Humboldt, que promovió una visión del paisaje intermedia entre las dos anteriores, proponiendo una relación equilibrada entre la visión artística, sentimental y comprensiva, y la visión científica, racional y explicativa, a la hora de entender y valorar el paisaje. Cuando se publicó la traducción francesa de sus *Cuadros de la Naturaleza*, en cuyos prólogos de 1808 y 1849 señaló Humboldt con meridiana claridad su intención de hermanar ambas miradas, el editor advirtió esa valiosa y original cualidad del paisajismo del autor: era, decía el editor, una obra maestra, en la que se aunaban el sentimiento artístico y la exactitud científica. Humboldt propuso un modo de ver el paisaje sin duda original, que señaló un rumbo innovador al paisajismo moderno, influyendo en gran medida en las dedicaciones de esa índole de diferentes geógrafos posteriores. Pero el paisajismo acuñado por Humboldt no solo influyó en el mundo geográfico, sino que se proyectó también sobre otros ámbitos científicos y culturales del mundo occidental. Y esa influencia se dejó sentir también en España.

* * *

No fueron los geógrafos españoles de entonces los que se interesaron inicialmente por el paisajismo de Humboldt. Los geógrafos españoles anteriores al comienzo de la Restauración y de los primeros años de ésta, entre los que ocupó un lugar destacado Manuel María del Valle, mantuvieron planteamientos próximos a la geografía histórica y a la geografía económica, y se ocupa-

ron sobre todo de considerar, como objeto definitorio de la geografía, las relaciones entre el hombre y la tierra. Se situaron así en una línea que podía mostrar algunas conexiones con los puntos de vista de Ritter (y, más tarde, con los de Ratzel), pero que mostró un grado de modernización reducido y un interés escaso, cuando no nulo, por las perspectivas paisajísticas inauguradas por Humboldt. Alguna razón tenía Dantín Cereceda cuando señaló años después que fueron precisamente los naturalistas los que mejor valoraron e incorporaron las perspectivas geográficas modernas. Mientras que la geografía dedicada a estudiar aspectos humanos se mantenía alejada de las perspectivas más renovadoras y de su vertiente paisajística, los naturalistas, atentos sobre todo a las propuestas de la geografía física, se mostraron mucho más inclinados hacia esos planteamientos geográficos modernos.

Esto no quiere decir que adoptasen una postura paisajística enteramente humboldtiana en sus escritos, pero sí puede afirmarse que mostraron, en relación con la práctica excursionista y la observación directa que cimentaron todas sus investigaciones, una notable familiaridad con el paisaje, sin ignorar sus cualidades estéticas y sentimentales. Todo esto puede comprobarse fácilmente en los trabajos de los geólogos que conformaron la primera generación de la geología española moderna: José Macpherson, Salvador Calderón y Francisco Quiroga, profesores los tres, por cierto, de la Institución Libre de Enseñanza¹.

Las diferentes actitudes iniciales de los geógrafos y de los naturalistas españoles respecto del paisaje demuestran algo que me parece importante: el paisajismo geográfico moderno se apoyó, a lo largo del siglo XIX (y hasta más adelante, en algunos casos) en una concepción manifiestamente naturalista de la geografía, y el paisaje se entendió siempre como paisaje natural, aunque sin excluir al hombre. Ese planteamiento, que respondía fielmente a los criterios de la modernidad decimonónica, estaba mucho más cerca de los naturalistas que de los geógrafos dedicados a asuntos humanos, históricos y económicos, que en ocasiones incluso vieron con indisimulado recelo las pretensiones de los enfoques más naturalistas en el seno de su disciplina académica. Frente a la concepción de la geografía como ciencia del paisaje, capaz de incorporar los puntos de vista de la modernidad naturalista, se alzaba la concepción de la geografía como ciencia de las relaciones entre el hombre y la tierra, alejada en

¹ Entre los diferentes textos de los naturalistas mencionados con referencias a su forma de ver y valorar el paisaje, cabe destacar, por su expresividad en ese sentido, dos breves escritos excursionistas de Francisco QUIROGA: «Excursión a Sigüenza y sus alrededores», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XVI, 367, 1892, pp. 145-149; y «Excursión geológica a Robledo de Chavela», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XVII, 384, 1893, pp. 39-43.

general de esos enfoques naturalistas y su proyección paisajística. No es extraño, por tanto, que fuesen los naturalistas, los geólogos de entonces, los más receptivos respecto de los puntos de vista del paisajismo moderno y de su variedad humboldtiana.

* * *

Pero quien incorporó de manera más completa y fidedigna las claves del paisajismo geográfico acuñado por Humboldt, sin desoír su intención de aunar equilibradamente explicación y comprensión, fue Francisco Giner de los Ríos, fundador, en 1876, junto a otros profesores entonces sancionados, de la Institución Libre de Enseñanza. El artículo de Giner titulado «Paisaje», de 1886, fue una especie de manifiesto fundacional del paisajismo moderno en España, en el que se incorporó la perspectiva geográfica propuesta inicialmente por Humboldt². Giner introdujo en España el horizonte del paisajismo moderno conformado en Europa en el marco del romanticismo, pero, dentro de ese horizonte, se inclinó hacia la perspectiva paisajística suscrita por Humboldt, con su propuesta de aunar equilibradamente la mirada explicativa y la comprensiva a la hora de entender el paisaje. Y hay razones que ayudan a entender esa preferencia de Giner por el paisajismo geográfico de Humboldt.

Hay que recordar, en primer lugar, su rechazo de las actitudes culturales y artísticas románticas, proclives al pintoresquismo sentimental y carentes de rigor intelectual, lo que le ayudó sin duda a buscar, a la hora de acercarse al paisaje español, puntos de vista que, como los propuestos por Humboldt, pudiesen superar el escueto esteticismo de las imágenes ofrecidas antes por el romanticismo de los viajeros de la primera mitad del siglo XIX, aunque sin ignorar por ello las claves (originalmente románticas) del paisajismo moderno. Giner aceptó esas claves, que formaban parte de los cimientos mismos de toda la modernidad paisajística, y encontró en la propuesta de Humboldt un modo de vertebrar una visión del paisaje capaz de superar la mirada predominantemente estética de los viajeros románticos mediante la incorporación de otras miradas científicas inicialmente protagonizadas, sobre todo, por los naturalistas.

² El artículo de GINER titulado «Paisaje», fundamental para entender la muy influyente visión paisajística promovida por el círculo gineriano e institucionista, se publicó por vez primera en *La Ilustración Artística*, V, 1886, 219, pp. 91-92; 220, pp. 103-104. Sorprendentemente excluido de sus *Obras Completas* publicadas en 20 tomos entre 1916 y 1936, este artículo se ha reproducido en numerosas ocasiones, como, por ejemplo, en el *Anuario* del Club Alpino Español de 1911-1912 (pp. 174-180), y, tras su muerte, en 1915, en *Peñalara* (II, 15, 1915, pp. 36-45), en *La Lectura* (XV, 172, 1915, pp. 361-370), y en el en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (XL, 671, 1916, pp. 54-59). Más recientemente, se ha incluido también en sus *Obras Selectas*. Edición de Isabel Pérez-Villanueva Tovar, Madrid, Espasa Calpe, 2004, pp. 792-801.

Giner conocía la obra de Humboldt, a quien citó en más de una ocasión. Y dos de los trabajos paisajísticamente fundamentales de éste, los *Cuadros de la Naturaleza* y los *Sitios de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, fueron traducidos, junto al *Cosmos*, en los años setenta, por su hermano, Bernardo Giner. Al conocimiento directo de Humboldt se añadió en Giner (y en la Institución Libre de Enseñanza) el de Élisée Reclus, cuyo capítulo dedicado a España en el primer volumen de su *Nouvelle Géographie Universelle*, de 1876, no solo ofreció interpretaciones geográficas solventes que influyeron en los naturalistas españoles de la época, sino que aportó también una valoración del paisaje de España que prolongó y amplió la perspectiva fundada por Humboldt. Reclus propuso una imagen geográfica del paisaje español en la que, de acuerdo con la perspectiva humboldtiana, se aunaban de forma equilibrada la mirada estética, comprensiva, y la mirada científica, explicativa, distanciándose de esa manera de las imágenes de los viajeros románticos. Era, por tanto, la primera expresión de un modo de ver el paisaje de España acorde con la perspectiva geográfica de Humboldt, y esa visión entrañó, precisamente por su carácter integrador de ambas miradas, algunas innovaciones importantes respecto del anterior momento romántico. Una de esas innovaciones se refirió precisamente al paisaje de Castilla, menospreciado y desdeñado por los viajeros románticos, siguiendo criterios meramente estéticos, y elogiado después por Reclus, apoyándose en criterios más amplios, abiertos a la consideración científica y a la valoración geográfica. Esta visión del paisaje castellano de Reclus, acabado ejemplo de la renovación geográfica del paisajismo moderno en España, fue un claro precedente de las visiones que de ese mismo paisaje ofreció Giner poco después.

Y a lo anterior hay que añadir, por último, la directa influencia sobre Giner de los naturalistas mencionados, que fueron además, como se señaló antes, profesores de la Institución Libre de Enseñanza. Macpherson, amigo personal de Giner, quien le conoció durante su destierro en Cádiz, en 1875, desempeñó en este sentido un papel particularmente importante, ya que le introdujo en el conocimiento científico de la naturaleza y el paisaje. A la influencia de Juan Facundo Riaño y Emilia Gayangos en el terreno de la afición excursionista, se sumó la de Macpherson respecto de la valoración naturalista del paisaje.

Todo ello le llevó a adoptar una visión del paisaje que se distanció de la exclusiva o predominantemente estética de los viajeros románticos mediante la incorporación del punto de vista geográfico de Humboldt. Giner atendió a la dimensión científica del paisaje, apoyándose en los puntos de vista de los naturalistas de su tiempo y, en particular, de Macpherson, su maestro en este campo, y añadió a esa dimensión científica la dimensión cultural (y la expe-

riencia subjetiva), que se tradujo en la atribución a ese paisaje de valores, cualidades y significados de variada índole (intelectuales, estéticos, morales, identitarios). De ese modo vertebró Giner su valoración del paisaje de España, y, en particular, de Castilla y la Sierra de Guadarrama.

El paisajismo geográfico moderno entró así en España a través de Francisco Giner. Su introducción siguió, por tanto, un camino cultural, no estrictamente geográfico. Giner y sus seguidores institucionistas conformaron de esa manera el primer eslabón de una valoración moderna e integradora del paisaje de España, aunando, al modo geográfico, la mirada explicativa y la comprensiva. Se produjo así una original convergencia de la perspectiva geográfica y el horizonte cultural, de la geografía y la cultura, que será desde entonces una nota característica de toda una tradición del paisajismo expresamente geográfico español que comenzará con Rafael Torres Campos y llegará hasta Manuel de Terán y sus discípulos. Porque la valoración gineriana del paisaje de España influyó en todo el paisajismo posterior, y esa influencia contribuyó a alimentar la original conexión entre lo geográfico y lo cultural que se produjo en su seno.

* * *

El primer geógrafo español que adoptó los puntos de vista del paisajismo moderno, teniendo en cuenta al tiempo el legado de Humboldt y Reclus y la perspectiva de Giner, fue Rafael Torres Campos, directamente relacionado con esta Sociedad Geográfica, de la que fue, desde 1879, secretario, y luego, desde 1896, secretario perpetuo. Se licenció en Derecho en 1873 e ingresó ese mismo año en el Cuerpo de Administración Militar, a cuya Academia fue destinado como profesor de Geografía. A su labor como profesor en la Escuela Normal Central de Maestras y en otras instituciones educativas, añadió su participación en las sociedades geográficas de su tiempo, y en particular en esta Sociedad Geográfica, y su asistencia a diversos congresos geográficos internacionales. Pero lo más importante respecto de lo que aquí nos interesa considerar fue sin duda su estrecha y dilatada conexión con la Institución Libre de Enseñanza.

Colaborador de la Institución desde el principio, fue allí profesor de Geografía y su primer director de excursiones. Su labor en la Institución se centró principalmente en la modernización de la enseñanza de la geografía, con resultados notables, pero su dedicación geográfica fue más allá y se tradujo en un conjunto de escritos sobre asuntos variados, en algunos de los cuales se

plasmó precisamente su orientación paisajística, directamente relacionada con su pertenencia al círculo gineriano e institucionista.

En la perspectiva geográfica de Torres Campos cabe distinguir dos vertientes diferentes, que remiten a las dos tradiciones principales de la primera geografía moderna: la territorial, promovida por Ritter, y la paisajística, fundada por Humboldt. Ambas tradiciones aparecen en su obra geográfica, y el propio Torres Campos reconoció su deuda simultánea con esos dos primeros geógrafos modernos, a la que se añadió la contraída con autores posteriores como Vidal de la Blache y Ratzel.

Su vertiente más territorial acerca sus estudios geográficos al ámbito de la geografía humana, a menudo identificada con la geografía histórica y la geografía económica, y en ocasiones hasta con la geografía militar, la modalidad de geografía que estaban desarrollando otros geógrafos españoles coetáneos, como José Gómez de Arteche, Federico de Botella, o Manuel María del Valle.

Pero en la obra geográfica de Torres Campos se halla también muy presente la vertiente paisajística, directamente conectada con la perspectiva de Humboldt, luego prolongada por Reclus, cuya obra conocía y estimaba en alto grado, y directamente conectada igualmente con los puntos de vista de Giner. Su orientación paisajística no es independiente de su pertenencia al círculo gineriano e institucionista: en su modo de ver y valorar el paisaje, como en su manera de entender las excursiones escolares, cuya introducción y desarrollo en la Institución dependieron de él en gran medida, late con claridad la tradición geográfica moderna, pero también está presente el horizonte definido por Giner en su artículo de 1886. Sus escritos más paisajísticos son posteriores a ese artículo de Giner: las dos mejores muestras de su visión del paisaje, asociadas a su experiencia excursionista, «Un viaje al Pirineo» y «Recuerdos de la montaña», son de finales de los años ochenta y de mediados de los noventa³. De modo que se puede decir que Torres Campos fue el primer geógrafo español inscrito en la tradición del paisajismo geográfico moderno fundado por Humboldt, y que esa inscripción estuvo también directamente relacionada con

³ TORRES CAMPOS publicó inicialmente los dos artículos mencionados, que ofrecen una acabada muestra de su ánimo excursionista y de su visión del paisaje, sin ocultar su predilección por el de montaña, en el *Boletín* institucionista («San Vicente de la Barquera», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XX, 1896, 438, pp. 284-288; 440, pp. 345-348; y «Huesca y Monte Aragón. Notas de excursiones», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XII, 267, 1888, pp. 92-96), y los recogió después, cambiando el título de ambos, que pasaron a denominarse «Recuerdos de la montaña» y «Un viaje al Pirineo», y ampliando el segundo, en sus *Estudios geográficos*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Fortanet, 1895, pp. 417-431 y 433-470.

la influencia de los puntos de vista de esa misma índole conformados algo antes por Francisco Giner.

Torres Campos inicia así una trayectoria de paisajismo geográfico desenvuelta en el marco del horizonte institucionalista e influida por los puntos de vista suscritos por Giner en ese orden de cosas, con su valioso acento cultural. Se abre camino de ese modo un paisajismo atento al tiempo al legado geográfico y a su traducción gineriana e institucionalista, o, dicho de otra manera, un paisajismo geográfico culturalmente reforzado mediante la incorporación de la perspectiva de Giner. Y esa modalidad de paisajismo geográfico, culturalmente reforzado, que expresa una particular conexión entre geografía y cultura, se prolongará después en otros geógrafos posteriores, igualmente relacionados, de un modo u otro, con el horizonte intelectual del institucionalismo, hasta llegar a Manuel de Terán.

Las consideraciones paisajísticas más detenidas y también más interesantes de Torres Campos se encuentran en los escritos de índole viajera que acabo de mencionar: en los «Recuerdos de la montaña», dedicados a San Vicente de la Barquera, y en las «Notas de excursiones» en las que dio cuenta de sus experiencias pirenaicas. En el primero, muy atento a la destacada dimensión histórica y monumental del lugar, la visión del paisaje constituye un ingrediente significativo a lo largo del relato, desde la caracterización inicial de San Vicente, con su núcleo antiguo en lo alto del «promontorio numulítico resistente» situado entre las «dos profundas y pintorescas rías» de ambos lados de la villa, hasta la descripción del sitio de la ermita de la Virgen de la Barquera, con «el soberbio fondo de los Picos de Europa, dominados por la maciza mole del Naranjo de Bulnes.»

Todavía más expresivas resultan las consideraciones paisajísticas de sus notas de excursiones. La parte dedicada a las montañas de Panticosa es especialmente ilustrativa de su visión paisajística y de su capacidad para aunar las dimensiones explicativas y comprensivas, sin olvidar el componente subjetivo de la experiencia. Habla, por ejemplo, del «admirable espectáculo» de las gargantas del Gállego, «formadas de montañas de mármol negro con vetas blancas, cortadas verticalmente y cubiertas de masas de bosques de severos y hermosos tonos», y ante «el carácter salvaje» de las cumbres de Tendenera y la Peña de Foz, sobre el valle de Panticosa, dice que «la vista se recrea ante lo variado y complejo de aquel paisaje, en que el contraste da más valor a cada uno de sus términos». Su elogio del sitio en el que está emplazado el balneario de Panticosa, que algunos consideran árido o ingrato, es muy expresivo del valor que concede, en sintonía con todo el paisajismo moderno, a la montaña: «yo conozco pocos que puedan

parecer más espléndidos a los que tienen un espíritu bastante cultivado para saborear la belleza de las montañas». Son imágenes que traducen con bastante claridad la inserción del paisajismo de Torres Campos en la tradición geográfica moderna.

* * *

Durante el primer tercio del siglo xx, tras las aportaciones de Torres Campos, se entra en otro momento del paisajismo moderno en España. Los geógrafos preferentemente «humanos», continuadores de las perspectivas anteriormente conformadas en ese mismo terreno, y dedicados a la enseñanza en los centros de Magisterio y, con mucha menor presencia, en las Facultades universitarias de Filosofía y Letras, siguieron sin mostrar interés por la tradición del paisajismo geográfico moderno. Estuvieron muy interesados en la enseñanza de la geografía y su modernización, y se mantuvieron fieles a una concepción geográfica de ascendencia ritteriana y ratzeliana, actualizada en ocasiones con algunos de los planteamientos de índole regional de la escuela francesa, principalmente dirigida hacia el estudio de las relaciones entre la tierra y el hombre.

Buena muestra de ello son las trayectorias de profesores como Ricardo Beltrán y Rózpide, catedrático de Geografía en la Escuela Superior del Magisterio desde su fundación, en 1909, Amando Melón, catedrático de la asignatura de «Geografía Política y Descriptiva» en la Universidad de Valladolid, o Eloy Bullón, catedrático de esa misma materia en la Universidad de Madrid. Su dedicación geográfica, inclinada hacia aspectos de índole histórica o educativa, no se acercó en ningún momento a la tradición del paisajismo geográfico moderno, que contaba ya en España, tras la propuesta de Giner, con la notable aportación de Rafael Torres Campos.

Pero ese paisajismo geográfico encontró otros cauces de desarrollo en el primer tercio del siglo xx. Algunos de esos cauces se situaron en diversos terrenos culturales, en los que las ideas paisajísticas de ascendencia geográfica se abrieron camino y caracterizaron en no pequeña medida sus percepciones y valoraciones del paisaje. Es lo que sucedió, por ejemplo, en la obra paisajística de los escritores y pintores de la generación del 98, que muestra una dimensión geográfica notable, directamente conectada con la influencia del círculo gineriano e institucionista. Y lo mismo cabe decir de la aportación paisajística posterior de otros escritores, entre los que ocupó un lugar destacado Ortega y Gasset, cuya dimensión geográfica fue elogiada con razón por Manuel de Terán, que habló de su «intuición geográfica». Y lo mismo sucedió, por poner

otro ejemplo significativo, en el mundo del excursionismo y el alpinismo, donde se introdujeron y desarrollaron las ideas paisajísticas de cuño geográfico promovidas por Giner. Por esos caminos, entre otros, se proyectó una visión moderna del paisaje de España conectada con el legado geográfico recogido y culturalmente reforzado por Giner.

En el terreno estrictamente científico, quienes adoptaron y prolongaron, en el primer tercio del siglo XX, la perspectiva del paisajismo geográfico moderno fueron los geólogos y geógrafos vinculados al Museo Nacional de Ciencias Naturales. La sección de Geología del Museo, dirigida por Eduardo Hernández-Pacheco, tuvo en este sentido un importante protagonismo. Como es sabido, el Museo de Ciencias Naturales formaba parte de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, fundada en 1907, y directamente inspirada en el ideario de Francisco Giner y la Institución Libre de Enseñanza.

Los principales investigadores de la sección geológica del Museo –Eduardo Hernández-Pacheco, Lucas Fernández Navarro, Juan Dantín Cereceda, Juan Carandell– se movieron inicialmente en el terreno de la geología, fueron geólogos de formación, pero siempre mostraron un interés simultáneo por la geografía física y, más concretamente, por la geomorfología. Prolongando las actitudes de sus predecesores, los naturalistas del último cuarto del siglo anterior, se mostraron muy interesados por la tradición geográfica física iniciada por Humboldt y prolongada después por destacados geógrafos, entre los que se contaron dos que ejercieron una influencia muy notable en ellos: William Morris Davis y Emmanuel de Martonne. Los trabajos geológicos llevados a cabo por estos investigadores mostraron siempre una vertiente geográfica destacada, de manera que se dio así una convergencia entre la perspectiva geológica y la geográfica que contribuyó al desarrollo actualizado, en el ámbito investigador, de los puntos de vista de la geografía moderna, incluidos los paisajísticos.

Además, esos geólogos, abiertos desde el principio a la geografía física, tuvieron en ocasiones una evolución que les introdujo de lleno en el campo de la geografía, siguiendo una trayectoria que les hizo transitar inicialmente desde la geología hasta la geografía física y, después, hasta la geografía humana y regional. Es lo que sucedió en los casos, por muchas razones ejemplares en este sentido, de Dantín Cereceda y Carandell. Y ello supuso, entre otras cosas, el desarrollo investigador de una geografía con marcado fundamento naturalista que, a diferencia de otros planteamientos protagonizados en esos mismos momentos por los geógrafos «humanos» de las Escuelas de Magisterio y de las Facultades de Filosofía y Letras, prolongó el horizonte del paisajismo geográfico moderno, incorporando y desarrollando las claves valorativas que lo

habían caracterizado desde tiempos de Humboldt. El núcleo de investigadores naturalistas de la sección de Geología del Museo de Ciencias Naturales desempeñó así un papel decisivo en el desarrollo en España, en el primer tercio del siglo XX, del paisajismo geográfico moderno, que conocieron tanto a través de la tradición iniciada por Humboldt y proseguida por otros geógrafos destacados, como a través de la tradición promovida en esa misma dirección, con su característico acento cultural, por el círculo gineriano e institucionista. Como sucedió en la perspectiva de Torres Campos y sucederá después en la de Terán, ambas tradiciones paisajísticas, la geográfica y la institucionista, relacionadas y coincidentes en lo fundamental, confluyeron en los modos de entender y valorar el paisaje ofrecidos por los geólogos y geógrafos del Museo de Ciencias Naturales.

Las consideraciones paisajísticas de Fernández Navarro y Hernández-Pacheco resultan verdaderamente elocuentes. Ambos permanecieron en el campo de la geología, y ambos mostraron un decidido interés por el paisaje, que vieron en todo momento adoptando las claves definitorias del paisajismo geográfico moderno, entre las que se contaban la voluntad de aunar, para entenderlo cabalmente, la mirada explicativa y la comprensiva. Fernández Navarro, catedrático de Cristalografía y de Mineralogía descriptiva de la Facultad de Ciencias de la Universidad Central, socio de honor de la Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara, y consumado excursionista, ofreció en diversas ocasiones sus visiones del paisaje, plasmadas siempre con viveza y expresividad, directamente conectadas con la experiencia de sus investigaciones sobre la Sierra de Guadarrama y sobre las formaciones volcánicas de Canarias. Y nunca perdió de vista la voluntad de aunar explicación y comprensión, ciencia y arte, a la hora de entender el paisaje⁴.

Eduardo Hernández-Pacheco, catedrático de Geología de la Facultad de Ciencias de la Universidad Central, también socio de honor, como Fernández Navarro, de la Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara, y director de la sección de Geología del Museo Nacional de Ciencias Naturales, mostró siempre un gran interés por el paisaje, manifestando en sus estudios la doble presencia de la perspectiva geográfica y de los puntos de vista de Giner y sus continuadores institucionistas. Él mismo inscribió sus consideraciones paisajísticas en la tradición iniciada por Humboldt, de quien dijo que fue «el creador de la Geografía Física» y el iniciador del asunto del paisaje geográfico. Sus consideraciones paisajísticas manifiestan a menudo la presencia, junto

⁴ Hay dos breves textos divulgativos de FERNÁNDEZ NAVARRO en los que se muestra con particular claridad su modo de entender el paisaje: «El Valle del Lozoya», *Heraldo Deportivo*, IV, 103, 1918, pp. 83-88; y «En la Boca de Tauze (Hojas de mi diario)», *Peñalara*, V, 51, 1918, pp. 69-71.

a la científica o explicativa, de una mirada comprensiva que se adentra en el mundo de los valores y significados culturales, como sucede, por ejemplo, cuando habla del paisaje de Castilla, del que dice, entre otras cosas, que «tiene su belleza especial, más emocionante que la de los paisajes higrófilos del Norte», y que aparece dominado en general por «la nota de grandeza junto a la de austeridad y sobriedad en el detalle». Y añade: «Los valles que recortan los páramos producen la sensación de soledad, rudeza y desolación. Los llanos dilatados de la campiña, la de serenidad, y los extensos páramos desiertos, la de grandiosidad y energía»⁵.

Hernández-Pacheco publicó en los años treinta, con el título de *Síntesis fisiográfica y geológica de España*, una amplia y valiosa recopilación de los «paisajes geológico-geográficos» de España, acompañada además de una no menos valiosa colección de fotografías realizadas por el propio autor y su hijo Francisco, entonces jefe de la sección de Geografía física del Museo de Ciencias Naturales, que enriquecen iconográficamente la obra con un nutrido conjunto de imágenes de gran interés paisajístico. Y también en esos años, ofreció, en su discurso inaugural del curso 1934-35 en la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, una serie de reflexiones teóricas sobre la caracterización general del paisaje natural, con una clasificación y caracterización de los grandes ámbitos paisajísticos de la Península Ibérica. La de Hernández-Pacheco fue, sin duda, una aportación importante, ceñida a la consideración del paisaje natural, en la trayectoria del paisajismo geográfico español.

Los geólogos vinculados al Museo de Ciencias Naturales convertidos gradualmente en geógrafos –Dantín Cereceda y Carandell– participaron también en el desarrollo de esta corriente española del paisajismo geográfico. Formados como geólogos en la Universidad Central, discípulos de Hernández-Pacheco y de Fernández Navarro respectivamente, ambos fueron catedráticos de Instituto, y llevaron a cabo investigaciones que marcaron su transición desde la dedicación geológica de sus comienzos hasta la posterior inclinación hacia la geografía física y, finalmente, la geografía humana y regional, manteniendo siempre, fieles a su formación, concepciones geográficas eminentemente naturalistas.

⁵ Junto al discurso inaugural del curso 1934-35 en la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, en el que expuso su concepto de paisaje y la caracterización de los grandes tipos de paisajes españoles (*El paisaje en general y las características del paisaje hispano*, Madrid, C. Bermejo, Impresor, 1934), que reprodujo también el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (LIX, 1935, 897, pp. 11-17; 898, pp. 39-44; 899, pp. 67-70; 900, pp. 89-94; 901, pp. 112-117; 902, pp. 124-127), merece la pena recordar su breve texto sobre Castilla, del que proceden las frases aquí incluidas, expresivo de la convergencia de la razón y el sentimiento en su valoración del paisaje: «Fisiografía e historia geológica de la altiplanicie de Castilla la Vieja», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, LV, 1931, 858, pp. 297-302; 859, pp. 337-341.

Dantín Cereceda mantuvo una relación estrecha con el mundo intelectual y científico vinculado a Giner y la Institución Libre de Enseñanza. Fue colaborador del Museo de Ciencias Naturales, fue también durante tres años, entre 1919 y 1922, profesor en el Instituto-Escuela, donde enseñó Geografía física, Ciencias Naturales y Agricultura, y tuvo una pensión de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas que le llevó, entre diciembre de 1913 y julio de 1914, a Lyon y a París, donde se relacionó con Vidal de la Blache y De Martonne, a quien desde entonces consideró su maestro.

Los estudios de Dantín expresan con claridad su concepción naturalista de la geografía, con la consiguiente supeditación de la geografía humana a la geografía física, y se centraron fundamentalmente en la consideración de la región natural, con la que relaciona siempre sus consideraciones paisajísticas. A cada región natural le corresponde un determinado paisaje geográfico (natural), y las variaciones de éste son siempre indicativas de las correspondientes variaciones de la organización regional (natural) del territorio. Al igual que la región natural, el paisaje sintetiza y expresa, según Dantín, la honda solidaridad de todos los elementos, físicos y humanos, de la realidad geográfica. Esta manera de entender el paisaje se encuentra claramente expresada, por ejemplo, en su comparación de los rasgos geográficos de dos regiones naturales españolas contrapuestas: «el macizo arcaico galaico» y «la terciaria fosa tectónica del Ebro». Las condiciones naturales de la primera explican, según Dantín, «la suavidad en el tono y líneas de sus paisajes», cuya «placidez» se refleja en el sentimentalismo, la «dulce fabla» y los cantos y costumbres de sus habitantes, del mismo que, en la segunda, esas condiciones explican «la desolada desnudez de su paisaje», conectado igualmente con las características –austeridad, rudeza, equilibrio, sobriedad– de quienes viven allí.

Carandell mostró a lo largo de su obra un gran interés por el paisaje. Conviene recordar que estuvo decisivamente influido por Francisco Giner, y esa influencia no debió ser ajena al gran interés paisajístico que mostró a lo largo de su obra. En alguna ocasión, a la vez que se lamentaba de la escasa atención prestada al paisaje, hasta tiempos recientes, por los escritores españoles, elogió la labor realizada en ese sentido por Giner, que había sabido entender cabalmente la conexión del paisaje con las condiciones naturales y con las características de los grupos humanos. El paisajismo de Carandell se inscribió plenamente en la tradición geográfica humboldtiana e incorporó también fielmente el acento cultural de la perspectiva promovida por Giner. La explicación y la comprensión, la visión científica y la visión artística aparecen hermanadas en su modo de entender y valorar el paisaje. Y no sólo prestó atención al paisaje en alto grado, sino que lo hizo, además, con una muy notable calidad

literaria y gráfica, posibilitada por su formación humanística, que se añadió a la naturalista, sus dotes de dibujante y sus variadas curiosidades intelectuales. Se le ha considerado con razón «paisajista-geólogo», y también «hombre de ciencia y artista», y ambas calificaciones resultan indicativas de la caracterización de su dedicación paisajística, en la que la visión geográfica se vio reforzada por un particular aliento cultural que remitía sin duda a su conexión con el horizonte gineriano e institucionista⁶.

Son muchos los textos que recogen la visión paisajística de Carandell, traducida tanto en imágenes escritas, literarias, como en representaciones gráficas, en dibujos directamente relacionados con los paisajes descritos en cada caso. El de Sierra Nevada fue uno de sus paisajes preferidos, y esa preferencia está relacionada, como advirtieron certeramente Antonio López Ontiveros y José Naranjo, que estudiaron su vida y su obra con detenimiento, con su adscripción institucionista⁷. La imagen que ofrece de ese paisaje desde el Picacho de Veleta es una muy lograda muestra de su visión paisajística, en la que no faltan los componentes históricos y culturales. Desde allí se ven «imponentes tajos» que traducen «colosales fracturas», y se ven también lagunas con flotantes «témpanos de hielo verdosos como esmeraldas» en las que «todavía parece reflejarse por la noche el espíritu de Muley Hacén, padre de Boabdil». Allí puede sentirse la «voluptuosidad de saborear el paisaje más amplio y sintético de Andalucía».

Los geólogos y geógrafos mencionados –Fernández Navarro, Hernández-Pacheco, Dantín Cereceda, Carandell–, vinculados a la sección de Geología del Museo Nacional de Ciencias Naturales, contribuyeron de modo notable, en suma, a prolongar en España la tradición del paisajismo geográfico moderno. Tras la aportación geográfica realizada en ese sentido por Torres Campos, y continuando y ampliando sensiblemente el camino iniciado por los naturalistas anteriores –Macpherson, Calderón, Quiroga–, llevaron a cabo una labor paisajística importante, deudora no sólo de la perspectiva inicialmente conformada por Humboldt, sino también del horizonte plasmado por Giner al incorporar algunos años antes esa perspectiva. Los investigadores del Museo de Ciencias Naturales, profesores de las Facultades de Ciencias y

⁶ Uno de los mejores ejemplos de la visión paisajística de Carandell se encuentra en su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, en 1930, reeditado posteriormente con un estudio introductorio de Antonio López Ontiveros: «Andalucía: ensayo geográfico», *Estudios Regionales*, 32, 1992, pp. 351-372.

⁷ El más completo de los estudios dedicados a Carandell por Antonio López Ontiveros y José Naranjo Ramírez se encuentra en el libro que publicaron, junto a Julián García García, con el título de *Vida y obra del geólogo y geógrafo Juan Carandell Pericay (1893-1937)*, Córdoba, Diputación de Córdoba y Universidad de Córdoba, 2007.

profesores de Instituto, cuyos trabajos se adentraron progresivamente en el terreno de la geografía física y después, en algunos casos, en los de la geografía humana y regional, adoptaron los puntos de vista del paisajismo geográfico moderno e impulsaron con ellos decididamente el estudio y la valoración del paisaje español.

* * *

Después de trazar la trayectoria anteriormente descrita, el paisajismo geográfico moderno de ascendencia humboldtiana se prolongó y se reforzó en España, tras la última guerra civil, en la obra de Manuel de Terán, protagonista en buena medida de la conformación de la geografía universitaria española y fundador de una notable escuela de geógrafos. Confluyeron en Terán las dos tradiciones paisajísticas que estamos considerando: por una parte, la tradición más propiamente geográfica, procedente de Humboldt y prolongada por otros geógrafos que desarrollaron su legado paisajístico a lo largo del siglo XIX y de la primera mitad del XX, y, por otra, la tradición derivada de Francisco Giner, directamente deudora de la primera, con su marcada dimensión cultural. A diferencia de los geógrafos precedentes vinculados al Museo de Ciencias Naturales, con formación naturalista, la de Terán fue de carácter humanista. Estudió en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, y, por mediación de Claudio Sánchez Albornoz, entró en el Instituto-Escuela.

Estuvo allí en total doce años, primero como «aspirante al Magisterio secundario» y después como catedrático agregado de Historia y Geografía. Allí se formó como profesor, incorporando los renovados métodos educativos de cuño institucionista practicados por el centro, y allí pudo conocer además el fundamento de esa práctica: el horizonte intelectual y cultural de Francisco Giner y de la Institución Libre de Enseñanza y, más concretamente, respecto de lo que aquí nos interesa tener en cuenta, su modo de entender las excursiones y valorar el paisaje.

A través del Instituto-Escuela se puso Terán en contacto con la perspectiva educativa, intelectual y cultural institucionista, y con la tradición paisajística de ascendencia gineriana asociada a esa perspectiva. Y esa proximidad al horizonte gineriano e institucionista debe relacionarse además con la conexión intelectual de Terán con Antonio Machado y Ortega y Gasset, ambos relacionados con la herencia paisajística gineriana, de quienes dijo que fueron «los dos grandes maestros extrauniversitarios» que había tenido, los que habían «moldeado» su pensamiento y habían «forjado, templado y afinado» su sensibilidad.

Y a todo ello se añadió su conocimiento de la tradición geográfica moderna y, en particular, de la escuela francesa, con sus influyentes orientaciones regionales y paisajísticas. En 1933, obtuvo una pensión de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas que le permitió desplazarse a París y ponerse allí en contacto con algunos de los más destacados exponentes de la escuela francesa de geografía. Esa estancia le permitió acercarse personalmente a uno de los núcleos entonces más activos e influyentes de la tradición geográfica moderna y a su dedicación paisajística.

En ese doble bagaje intelectual, emparentado, por un lado, con Giner y el institucionismo, y, por otro, con la geografía moderna, se apoyó la labor de Terán posterior a la guerra civil, principalmente desarrollada en la Universidad de Madrid, donde fue catedrático de Geografía desde 1951, y en el Instituto Juan Sebastián Elcano del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, del que fue primero secretario y después vicedirector y director. La obra de Terán se distanció de las aportaciones de los geógrafos inmediatamente anteriores –Dantín Cereceda, Carandell–, apoyadas en la perspectiva de la geografía física, y promovió un enfoque de distinto signo, que incorporó los planteamientos de la renovada geografía humana ofrecidos por Vidal de la Blache y sus seguidores de la escuela francesa.

Contribuyó así Terán decisivamente en España a la transición entre una concepción eminentemente naturalista de la geografía a otra de corte decididamente humanista. Este cambio de orientación se tradujo también en el terreno paisajístico. Si antes se había entendido el paisaje como paisaje natural, organizado por factores naturales, ahora, en el horizonte de la nueva geografía humana, se comienza a hablar de otro tipo de paisajes, los paisajes humanizados, cuya organización depende principalmente, sin negar las influencias naturales, de factores humanos de diversa índole. Y en esta perspectiva se inscribe el paisajismo de Terán. Hablando de la personalidad geográfica de España, dijo que había sido el hombre quien, «en siglos de historia, de afanes y trabajos, sueño y pensamiento», había convertido el medio natural en «paisaje de cultura». De ese modo se había llevado a cabo «la humanización de las formas del paisaje natural». Porque el de la Península es un «paisaje amasado de tierra, y cultura: olivo centenario cuya raigambre se nutre de la hondura de la tierra y cuyo tronco y hojas han modelado ciclos de vientos y soles, de afanes y humana sabiduría».

Terán definió la geografía como «ciencia del paisaje», y el punto de vista paisajístico ocupó un lugar destacado en su obra geográfica⁸. Terán heredó al

⁸ Entre los numerosos textos de índole paisajística de Terán, el que incluyó en el libro que se publicó en 1984 en homenaje a Julián Marías, el menos «académico» de todos, resulta particularmente interesante para entender la doble dimensión (racional y sentimental) de su visión del paisaje y la doble presencia

tiempo la perspectiva de Humboldt y la perspectiva de Giner, y en esa doble herencia se apoya en buena medida el valor y el interés –geográfico y cultural– de su modo de acercarse al paisaje y valorarlo. Con Terán culmina la trayectoria del paisajismo geográfico español de ascendencia humboldtiana. Una trayectoria que comenzó con el artículo de Francisco Giner publicado en 1886, que abrió la puerta, acentuando su alcance cultural, a ese modo moderno de entender el paisaje, con sus dimensiones explicativas y comprensivas, y que se prolongó y desarrolló después, dentro del ámbito naturalista y geográfico, en los decenios finales del siglo XIX, a través de las aportaciones del geógrafo Torres Campos, y más tarde, ya en el primer tercio del siglo siguiente, de los trabajos de los geólogos y geógrafos físicos vinculados al Museo Nacional de Ciencias Naturales.

Esa trayectoria es la que llega hasta Manuel de Terán, quien la prolonga y ahonda en sus estudios y la dota, dentro ya del ámbito de la geografía universitaria que él contribuyó decisivamente a vertebrar, de una entidad y un alcance desconocidos hasta entonces. Y a través de Terán, en fin, ese paisajismo geográfico, incorporado a las investigaciones universitarias llevadas a cabo desde mediados del siglo pasado, llegó a sus discípulos, que en algunos casos siguieron desarrollando coherentemente ese modo, humboldtiano y gineriano al tiempo, de entender el paisaje.

en ella de la tradición paisajística de cuño humboldtiano y de la conformada en España a partir de Francisco Giner: «Hojas de herbario y otras cosas», en *Homenaje a Julián Marías*, Madrid, Espasa-Calpe, 1984, pp. 681-699.